

POR APUESTA

Por

RAFAEL MALUENDA

Ilustraciones de Gordon

Primero había sido por simple curiosidad como abrigaran aquel proyecto, pero más tarde se hizo para los dos muchachos una cuestión de amor propio que se estimularon mutuamente con apuestas en que se jugaban objetos de ínfimo valor que ellos tenían en grande aprecio: el mayor arriesgaba una "nuquera" labreada con ojettillos de bronce, regalo del padraastro para cuando fuera hombre de "aperos", y sobre la cual el menor tenía puestos los ojillos codiciosos. Por su parte el chico apostaba la gallina moñona, su gallina.

Y representándose mutuamente el valor de lo que apostaban habían concluido por ponerse de acuerdo, firmes en la acariciada idea de realizar la hazaña de montar el potrero de la hacienda.

Los días pasaban, dilatando la hora de la prueba; ellos se confiaban proyectos que luego cualquier circunstancia deshacía y las dificultades sólo acrecentaban los bríos de Trile y de Caco.

Sin confiar a nadie su proyecto, cada vez que acompañaban a los regadores se detenían junto a la cerca del potrero a formularse comentarios, mirando pastar al potrero allá lejos, junto a los sauces que daban reparo a la piara de yeguas: era una silueta blanca y corpulenta sobre la cual convergían los ojos de los dos muchachos.

—¿No lo habrán montado nunca?—se interrogaba Trile, rascándose la cabeza.

—Sí que lo habrán montado... El Ñu-

fla dice que es muy manso: lo rasquetee sin manearlo.

—La cosa es que...

—¿Los va siempre?

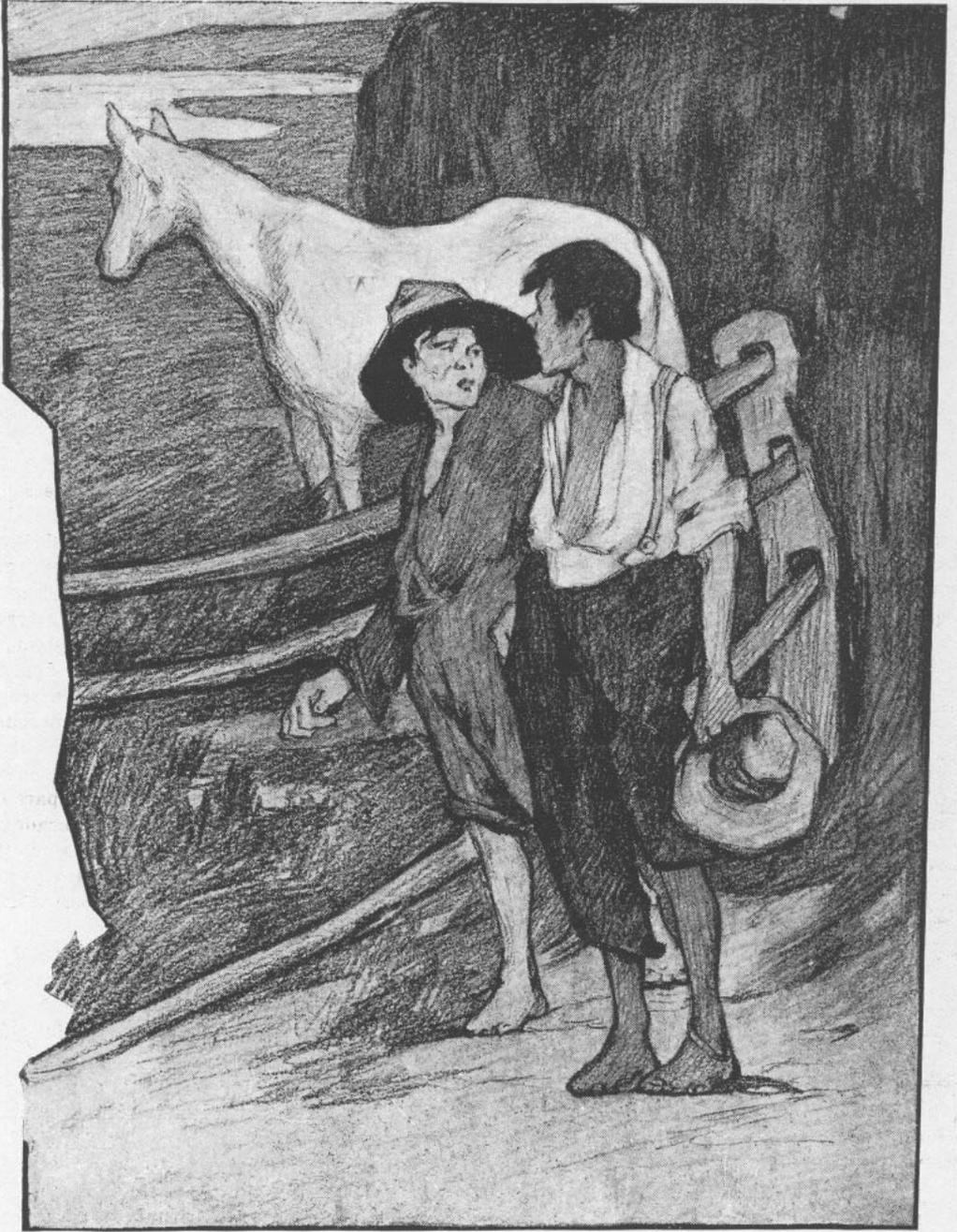
—Me "paralila"... Y no vengamos después con que no.

Y luego echaban a andar sin hablar más del asunto, hasta que a la vuelta hacían otra paradilla muy corta para no ser sorprendidos por los regadores que venían detrás de ellos canturriando.

Por fin, un día sábado por la tarde encontraron que todo se hacía propicio para su aventura: el campañista había pasado a otro potrero las yeguas, de suerte que durante el domingo el potrero iba a estar solo en "El Trumao". Además, como era día de fiesta, los peones no saldrían al trabajo y ellos podrían deslizarse hasta el potrero sin ser vistos para realizar el anhelado proyecto.

El alborozo con que Caco le apuntó al hermano aquellas circunstancias no pareció ovocar en el Trile un igual entusiasmo; pero el menor supo arrancarle el acuerdo, y el viaje quedó decidido para después de las doce. Caco quedó encargado de llevar el lazo, ya que iba a ser el hermano mayor quien primero se arriesgara sobre el animal. Desistieron de llevarse consigo las prendas apostadas, porque si Trile podía muy bien ocultar su nuquera, Caco no era capaz de hacer otro tanto con la gallina.

Durante las primeras horas del domingo hizo sol, pero a las doce el cielo se



“Era una silueta blanca y corpulenta sobre la cual convergían los ojos de los dos muchachos”

cubrió de nubes amenazando lluvia. Los dos muchachos emprendieron el camino por el interior de las cercas, a fin de no ser vistos por los inquilinos. Trile arriesgó una observación:

—¿Y si el patrón?....

Pero ya Caco había saltado el cerco y avanzaba a grandes zancadas hacia el centro del potrero, entre cuya verdura húmeda y reluciente se destacaba la blanca mancha del potrero.

Trile lo siguió.

Caco iba desenrollando el lazo; hizo la lazada y la ensayó, borneándola con dificultad por sobre su cabeza. Después formó el rollo y pasó el lazo a su hermano.

—Ya está.

Trile encajó su mano izquierda en el rollo, mientras empuñaba en la diestra la lazada, cuya abertura corrigió para darse comodidad en el momento de arrojarla sobre el animal.

—Bueno. Vamos despacio para que no arranque.

Avanzaron lentamente, parapetándose detrás de las manchas de zarza sobre las cuales apenas emergían las dos cabezas desgredadas y negras. Caco iba adelante y le cedió el paso al hermano cuando estuvieron a corta distancia del animal.

—Guarda! Andatele por el lado para cuando se vuelva...

El potrero irguió en aquel instante la cabeza y al divisar a los muchachos amusgó las orejas.

—Guarda!

Pero antes de que Trile diera impulso a la lazada, el potrero partió como una exhalación, lanzando coces y agitando la larga y peinada cola. Trile se volvió decepcionado y dijo:

—No lo vamos a pillar nunca...

—Claro: te digo que le busques el lado... Vamos.

Echaron a andar de nuevo tras el animal que se había detenido al otro extremo del potrero, junto a la cerca. De paso, Caco, recogió una varilla y propuso otro



Pero antes que Trile diera impulso a la lazada...

medio más seguro: ya que no los dejaba acercársele, lo mejor era ponerle el lazo de pasada, y sobre todo impedir que el animal volviera atrás desde donde se había detenido, porque si cruzaba el estero, adiós esperanzas de pillarlo.

Trile se había de poner a poca distancia de la cerca, junto a la puerta de trancas del potrero, mientras Caco se lo echaba con la varilla por aquel lado; entonces de pasada, plantarle el lazo!

Así que estuvieron otra vez a una regular distancia del animal, Caco se separó del hermano, recomendándole que arrojara el lazo sin borneo para que el potrero no se espantara, mientras él se lo corría por la orilla de la cerca.

La caminata a través del potrero había encendido sus rostros, fatigándolos; pero Caco se mostraba decidido a finiquitar el asunto y las dificultades no hacían más que espolearlo.

Con silbidos suaves acorraló al potrero junto a la cerca y cuando estimó que el hermano debía estar listo, lanzó un grito y ahuyentó al animal que partió a todo correr orillando el potrero... Ya iba a cruzar por frente de la puerta tranquera y desde su sitio, Caco, alargaba el cuello sin divisar al hermano. ¿Qué hacía? ¿Qué esperaba?

—Ahora!... Maldito sea!... Se le va a pasar...—murmuró desalentado.

De improvviso vió a Trile alzarse de entre la verdura: el potrero se paró en seco

y volviéndose, como una exhalación, salvó de un brinco la puerta tranquera.

—Se le fué...

Pero casi al punto Caco oyó un grito desesperado y vió al hermano cruzar por el aire como un proyectil para ir a incrustarse en la puerta de trancas. Despavorido, el muchacho echó a correr sin darse cuenta de lo que había pasado, presintiendo algo extraño que no acertaba a explicarse. Así llegó hasta la tranquera; pero al inclinarse sobre el caído, retrocedió lleno de espanto.

Al pie de las trancas, salpicadas de sangre, el Trile yacía replegado sobre sí mismo, con las ropas desgarradas, como una masa inerte. Al huir el potro lo arrastró

sin que el niño pudiera desprender del lazo la muñeca aprisionada por un nudo casual, y luego estrellándolo contra las trancas—en el impulso formidable de la carrera—le había descuajado el brazo, prendido a los tendones del cuello, y se lo llevó al extremo de la cuerda como una piltrafa sucia y palpitante!...

Por un momento el Caco se quedó mudo, con los dilatados ojos fijos en el muerto. Luego, como si los relinchos del potro en la distancia lo arrancaran de su asombro, echó a correr, gritando:

—Lo mató! Lo mató!...

Y sus alaridos de angustia se esparcieron en el aire frío del potrero.

Chilán, Chile.—Invierno de 1914.



Pero al inclinarse sobre el caído, retrocedió lleno de espanto